

# ANTONTXU MONTAÑERO

Adolfo Leibar

Antontxu ya no está con nosotros. ¡Se nos ha ido Antontxu! Otro hueco más. ¡Y qué hueco!

No puedo ocultar que me invade cierto desasosiego al comenzar a hilvanar estas líneas en su evocación; las intimidades exigen cierto pudor y recato airearlas, lo que no obsta para decir de él: polifacético, puntual, ecuánime, jovial, renteriano hasta la médula, gran amigo, entrañable, de sus amigos. (Perdona Antontxu que me aproveche para expresar estas palabras que sé que no te complace escucharlas, pero que sin embargo responden a un merecido elogio).

Y si en su peregrinar por este valle en el que, desde su proyección a la comunidad, tanto se esforzó para que no nos resultara de lágrimas, el cenit de su rotunda personalidad quedó impreso en su actitud ante y durante la implacable enfermedad que nos lo llevó.

Él conocía la verdad y sabía que su futuro no estaba aquí: "Me queda poco" –nos decía– mas movido por una robusta fe iba desgranando la letanía de sus pensamientos, deseos y acciones que culminaron en una muerte edificante; yo lo diría así: ¡Una muerte admirable!

Postrado en el lecho y en su deseo de continuar sirviendo, se preguntaba –nos lo decía– "¿Qué puedo hacer yo, desde mi limitación, por los demás?". ¡Y vaya si lo hacía! Sus conversaciones, sus profundos pensamientos –luego escritos y solicitados– sobre la amistad, el amor, la fe, el definitivo más allá, para él ya tan próximo. Yo creo que los que le visitábamos asiduamente concurríamos deseosos de charlar y escucharle, nos hacía copartícipes, y nos despedíamos de él, no angustiados, reconfortados más bien; a mí, al menos, eso me sucedía. En su habitación no se producían situaciones patéticas, para eso también estaba él que, buen conocedor de los recursos de



Rieko Harrian.

la palabra, se encargaba de que nos carcajeásemos, rememorando anécdotas que de forma tan festiva contaba.

Llamaba poderosamente la atención su aceptación serena de la muerte, la familiaridad con que se refería a ella, era el anhelo y anticipo de un cielo glorioso. Solamente le asaltaba una pena a la que con ternura hacía referencia: “Le dejo, sola –tomándole la mano a Esther, siempre solícita a su vera– y a los míos”.

Nos hablaba con dulzura y emoción de las “Obras de Misericordia” y de las “Bienaventuranzas”. Sobre su mesilla “Es bueno creer”, de Pagola, con cuyo contenido se hallaba plenamente identificado: “¡Cómo me hubiera gustado escribir algo así!” –exclamaba con sana envidia.

Dominó con suma entereza la situación que le provocaba el mal. Y es así que, refiriéndose a él, le nombrara con naturalidad: “Mi amigo el cáncer”, porque hasta el último momento éste le permitió tener la mente clara y expresarse como quería en su firme deseo de darse a los demás, el resto le resultaba accesorio, no tenía valor. Antontxu inundó de “gozamina” su espléndido tránsito. Y agradeció intensamente y en todo momento a quienes girábamos a su alrededor, fundamentalmente a los que tan solícitos le atendían en el hospital, a los que ganó para sí convirtiéndoles en amigos suyos.

¡Antontxu! Sí, como te figuras, estoy dedicándote estas líneas desde “Lurpea”, ese lugar en el que nos solíamos reunir y pasábamos tan buenos ratos. Se acabaron ya aquellas dilatadas charlas, lentorras, sin prisas, en las que nos turnábamos la vez: “Ahora me toca a mí. ¡No, a mí! Bueno, pero no te alargues mucho”. Lagunekin orduak oso motxak!

Tú ya has encontrado lo que está al final del camino, has concluido LA TRAVESÍA. Nosotros, de ahora en adelante y huérfanos de tu presencia, paliaremos el pesar de la ausencia con tu imborrable recuerdo.

Sí, también fue montañero: amaba la naturaleza y se detenía ante el paisaje. “Se fabricó” un montañismo atemperado a su gusto: sentía predilección por las travesías; entusiasmo por las que podríamos considerar de gran fondo, lo cual no quiere decir que dejara a un lado nuestras clásicas cumbres de Aralar, Aizkorri, Gorbea, ni sus visitas a los valles pirenaicos, garganta divina del Cares –que le arrebatara– el Macizo Central o el Moncayo.

De las travesías le atraía su preparación: planos, itinerarios, horarios, lugares de paso, su historia, monumentos... que, luego, procuraba contrastarlos in situ, para plasmarlos finalmente en los relatos que con tanta minuciosidad y enjundia contaba y escribía.

Muchas, decenas y decenas de travesías llevó a cabo, la mayoría de ellas acompañado de Esther quien, con la certeza de que la noche sucede al día, así solía hacerlo caminando a su lado, yendo juntos en sus largas caminatas.

Le gustaba mucho andar, disfrutaba caminando y, además, tenía “unos pies de acero inoxidable”, envidiables; jamás un par de ampollas ni siquiera rozaduras lo que, unido a su afición, le permitió realizar algunas travesías que, entre otras muchas, por si alguien se anima, citaremos:

– Tres veces el recorrido Rentería-Pamplona, en una sola etapa, dos de ellas con Esther.

– Rentería, Aritxulegi, San Antón, Lesaka, Bera, La Rhune.

– Refugio de Desao, San Miguel, Huarte Arakil, Beriain (San Donato), San Miguel, refugio de Desao.

– Circunvalación de la cuenca del río Oiartzun, que la hicimos por primera vez: Rentería, San Marcos, Txoritokieta, Perurena, Aitzbitarte, Aldura, Zaria, Bunanagirre, Bianditz, Errenga, Aritxulegi, Erroilbide, Txurumurru, Aireko soroa, Pikoketa, Gurutze, Gaintxurizketa, Lezo, Rentería.

– Circuito de Aralar: Refugio de Desao, Txemiñe, Beloki, Tutture, Unakoputzue, Intzako torrea, Aldaon, Pardelutz iturri, Ganbo, Txindoki, refugio de Igaratza, Putxerri, Desamendi, refugio de Desao.

– Finalmente, la que consideramos como nuestra reina: la travesía-peregrinación RENTERÍA-LOURDES, realizada en los días 11/17-V-1958, con motivo del Centenario de la Aparición de la Virgen en Lourdes y que, como muchas veces sucede, brotó al calor de una cena. La hicimos Josemari Salaberria, Boni Otegui, Antontxu y yo.

Nos resultó terriblemente dura por causa del tiempo que, menos en la última etapa, no dejó de castigarnos con fortísimos chaparrones, granizadas, nieve, frío, niebla, ventarrones. ¡De todo y mucho! Solíamos contar con cierta sorna que el



único sitio en donde no nos mojamos fue en el túnel de Aritxulegi.

Intentando animar al personal a que lo repita diremos que éstas fueron las siete etapas:

– Rentería, Etxalar, St. Etienne de Baigorri, Hotel d'Iraty, Sainte Engrâce, Aydius, Arrens, Lourdes.

¿Anécdotas? Sí y casi todas “angelicales”, a tenor del peregrinaje: después de una etapa de 16 durísimas horas de marcha y tener que acostarse en la misma cama con otro que se mueve más que las aspas de un ventilador, eso, sin duda alguna, es tortura.

“Denbora zikina puta!” fue el contundente saludo –que luego repetimos muchas veces– con el que nos obsequió un pastor con un enorme paraguas (No nos quedó más remedio que comprarnos cuatro iguales en Eaux Bonnes) en el collado de Arrikurutz, próximo al Chalet de Iraty.

También nos aparecieron, entre espesísima niebla, dos ángeles –aunque es cierto que no pudimos verles las alas– disfrazados de pastores que nos indicaron el buen camino hacia Aydius cuando, nosotros, lo único que sabíamos era que estábamos en Europa.

No os fiéis, no, de los trancos que da un mulo cuyo dueño se llama Jean Baptiste y él “Txikito”. Aún portando nuestras mochilas el “Txikito” de marras nos reventó con su ritmo de caballo de carreras, cabalgando por el frondoso camino de la Nature, en donde antaño talaban los árboles que servían de mástiles a los veleros.

En Larrau, el pater se aprovechó para soltarnos una disertación sobre las iglesias del país. Y mientras nosotros, en el dintel de la entrada a su casa y calados hasta los huesos, tiritábamos a tope, él continuó impasible con su perorata sobre el románico tardío. Menos mal que la ampliación de conocimientos sobre el tema concluyó con una comida que, aunque frugal, estuvo acompañada de unas copitas de Armañac templadas al alegre chisporroteo de una chimenea.

Fuimos acorralados por un grupo de gendarmes que, apuntándonos con sus metralletas, nos pidieron más explicaciones que las que representaban nuestros pasaportes en regla, algo que no era fácil obtener en aquellas calendas. Y a pesar de

que nuestro aspecto era más bien de facinerosos conseguimos convencerles que éramos peregrinos a Lourdes. (Conviene señalar que eran días coincidentes con la rebelión de Argelia y en Francia no se andaban con bromas, todo estaba muy caliente, hirviendo).

En Santa Engracia topamos con un conde, retirado, que había sido capitán de barco durante muchos años por el Mar de la China. Era un hombre singular con su sombrero, bastón de caña de bambú y partidario de De Gaulle. Nos mostró su casa repleta de figuras, cuadros y muebles orientales, mientras narraba sus odiseas ocurridas en aquellos mares remotos, hervideros de etnias que tanto amó y echaba de menos en su forzado, manso y bucólico retiro de Santa Engracia. Le resultaba imposible superar el contraste, no se arraigaba al lugar.

Como corresponde a una marcha de esta índole cada componente tiene asignada una función, así que, a nuestro “Asesor Religioso” le tocó la referente al Novenario a la Virgen de Lourdes. ¡No tuvo suerte! Comenzó porque el fraile le cobró un duro por la cartilla del novenario en lugar de las dos pesetas que valía, y es que, el fraile tampoco esta vez tenía cambios. Y además, le vendió la de las mujeres, pues comenzaba así: “Henos todas reunidas”. Y así, con este “Henos todas reunidas” continuamos hasta Lourdes, el lugar en el que se conjugan el sufrimiento y la esperanza, y en cuya gruta de Masabielle tomamos el agua que mana de la roca, postrados ante la “Que soy era Inmaculada Councepciou”. Habíamos culminado nuestro deseo, estábamos ya secos y tocaba descansar..., a excepción de Antontxu, que al ser “el redactor” no tuvo más remedio que dar varias charlas en sociedades montaÑeras sobre el desarrollo y experiencias de esta travesía Rentería-Lourdes, de imborrable recuerdo.

Hace mucho tiempo y durante algunos años acostubrÁbamos a pasar unos días en Oialeku –¡Qué recuerdos! ¡Jamás he comido tantas gibelurdiñas y ontobeltzas!– en tiendas de campaña. Pero llegó un año en el que la lluvia inundó de tal manera las tiendas y nos dejó tan mojados que decidimos, en adelante, cambiar el rumbo hacia la Sierra de Aralar. Y es así como nació la “Semana de Aralar de los renterianos”, que solíamos cumplirla más en el refugio de Desao que en el Igaratza. Antontxu –¡cómo no!– fue un magnífico animador de este grupo renteriano.

En dicha semana, además de las consabidas caminatas por la Sierra, le gustaba distraernos clasificando hierbas; contando los buitres que sobrevolaban a una oveja putrefacta; midiendo el desarrollo diario de un hongo; buscando fósiles; resecaando manzanilla; haciendo pinitos de gastronomía selecta. Y cuando le tocaba el fregoteo de los cacharros (¡Cuántos más pucheros y platos ensuciamos los hombres!) nos amenizaba con alegres cantatas. ¡Qué bien sabía Antontxu añadir horas interesantes a los días!

No, no se puede dejar en el olvido que también él fue uno de los 34 socios fundadores que el 13 de febrero de 1942 constituimos el "Grupo de Montaña URDABURU de Rentería", del que y "como estaba escrito", no se libró de ser su presidente durante los años 1957/58, en los cuales reestructuró la Junta Directiva con diversas vocalías; consiguió liquidar el crédito para las obras del local social; adquirió las primeras tiendas de campaña; preparó los actos del XV aniversario de su fun-

dación; estableció el Primer Concurso Social de Fotografías de Montaña; el II Salón de Artista Locales. También dio a luz, pocas veces mejor dicho pues prácticamente los hizo él, a ocho "boletines" en los que "Mendizorri", su nombre de guerra montañero, relataba sus andanzas. (A este respecto sugiero la lectura en el boletín nº 24, septiembre de 1957, de su artículo que con el título "Por donde pisa la cabra hispánica", nos cuenta sus días de montaña en la Sierra de Gredos. ¡Pura delicia!)

Y como "el Urdaburu", en aquellas fechas y durante muchos años, vino a ser "el comodín" para otras manifestaciones socioculturales renterianas, pues también le tocó hacer frente a esas actividades. Y voy a citar una, ésta, porque, además es de las poquísimas veces que noté a Antontxu disgustado. Era el año 1960 y creo que el mes de junio cuando me dijo: ¡Adolfo, prepárate pues hay que sacar la revista "OARSO"! ¡Pero cómo, si no hay tiempo? Pues acaban de encargarme



Cumbre del Moncayo



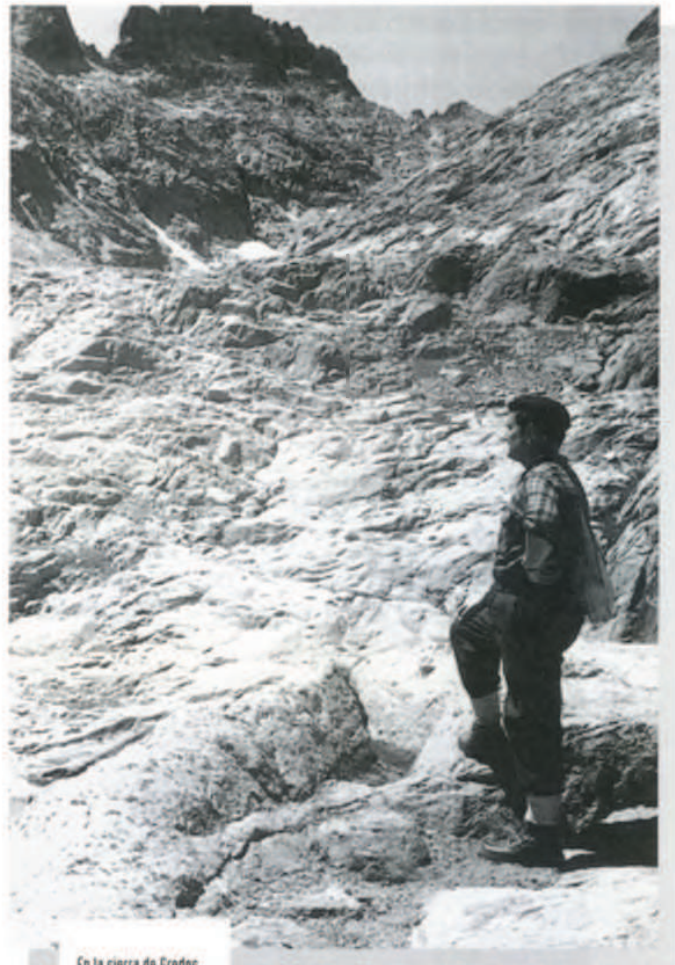
esta misión y he dicho que sí. ¡Bueno! Inmediata lata a los amigos y medida salomónica: saturarla de fotografías.

Nos tomamos un sábado de fiesta –entonces los sábados también se curraba– y allí nos fuimos, con una tienda de las de sin suelo ni doble techo, a pasar la noche en Malbazar para confeccionar el artículo de “Rentería rural”. Pasamos dos días de puro disfrute, así lo recordábamos muchas veces: Aitzbitarte, Urdaburu, Añarbe, Aldura, Zutola en donde, todavía, estaban en pie los extraordinarios robles y enhiesto, enorme, el magnífico ejemplar de “Alkate jauna”, como se le conocía. Durante estos días todo ese bello lugar fue solamente nuestro. ¡Cuánta hermosura y disfrute!

Justo, justo, pero salió la revista. El disgusto vino cuando Antontxu se enteró que el Ayuntamiento pagó el artículo a un colaborador y eso no era lo estipulado y sí que todas las colaboraciones tenían que ser gratuitas. Como se ve, también era un incurable romántico... y de verdad que lo fue hasta el final.

Ya sé, Antontxu, que te has encontrado ahí arriba con Pedrotxo y Boni, pues noto que, cada día que pasa, la cuerda de escalada se pone más tensa y tira hacia ahí con mucha fuerza. Pero díles a esos dos que se estén quietos, tranquilos, que no se impacienten, que les agradezco mucho pero, de momento al menos, no siento prisa alguna, pues tiempo habrá después para que estemos todos juntos, eternamente, contándonos nuestras cosas y, si nos da la gana, ascendiendo al Everest dos veces al día, sin cansarnos y en alpargatas.

Ikusi arte, lagun zaharrak! ✍️



En la sierra de Gredos.